

de muerte natural, exclaman: «Njambe lo llamó a sí.» Cuando la muerte es por accidente dicen: «Sucedió por orden de Njambe.» Los condenados inocentemente ponen su mayor confianza en la omniscencia de Njambe. Los marutse atribuyen a los espíritus de los muertos la intervención en muchas cosas de la existencia de los vivos y la atribuyen muy especialmente a los espíritus de los caudillos, cuyas almas alcanzan también en este pueblo, cual si fuesen una especie de héroes, una posición influyente entre el espíritu supremo y los de los simples mortales. De aquí la creencia de que los sepulcros del príncipe y de sus parientes tienen una fuerza curativa particular. El mismo soberano debe implorar en favor de sus parientes ó amigos el auxilio del espíritu de uno de sus antepasados «con ceremonias parecidas á plegarias y en tono de súplica ó de conjuro.» De esta creencia deriva quizás el hecho de que los enterramientos y los sepulcros sean aquí objeto de mayor cuidado que entre los pueblos del Sud, por más que exista gran semejanza entre su manera de enterrar y la de los betschuanos. Esto no obstante, el sistema de enterramientos del reino marutse contrasta notablemente con el de los pueblos del Sud del Zambézé, por cuanto las tribus del reino marutse-mabunda entierran á sus muertos con acompañamiento de cantos, gritos, músicas y tiros, al paso que sus vecinos meridionales les dan sepultura las más de las veces de noche, para que quede lo más secreto posible el lugar en donde emplazan la tumba. La mayor parte de los pueblos del reino marutse-mabunda procura marcar los sitios de sus enterramientos: la forma más perfeccionada de los monumentos funerarios la encontramos en la madre patria de la tribu dominante, la de los barutse, en donde se erige un mausoleo para cada difunto ilustre de la familia real. Estos mausoleos no han sido hasta hoy visitados ó por lo menos descritos por los europeos. Por lo demás, en las tumbas de los caudillos encontramos las mismas preciosas vallas de colmillos de elefante que Stanley encontró en el Congo.

Al tratar de la vida detallada de los pueblos de este reino debemos hacer ante todo la salvedad, dadas las diferencias no pequeñas que éstos nos ofrecen en este punto, de que las descripciones que hasta ahora sólo nos han proporcionado Livingstone, Holub y Serpa Pinto, se refieren exclusivamente á las tribus de la mitad meridional, siempre que entran en detalles minuciosos. En cuanto á las tribus del Norte, se asemejan mucho á los pueblos lundas de que nos ocuparemos más adelante. De los batokas que habitan hacia el Oeste hablaremos en seguida; de los makalakas ya hemos hablado. Queda, pues, únicamente en el interior del reino un espacio en el cual sólo pueden vivir pueblos desconocidos, cuyas particularidades no han de ser en todo caso muy notables, dada la analogía que en todas las cualidades fundamentales existe en los pueblos que habitan entre el Zambézé y el Congo.

El traje de los marutse se parece más al de las tribus del Sud que al de las del Norte: en vez de las franjas de correa de los zulú y de la correa de un palmo apenas de ancho que los betschuanos, makalakas, etc., se arrollan á la cintura, suelen llevar los hombres, por regla general, un delantal de cuero adherido á un cinturón. Las tribus que visitan con más frecuencia la orilla meridional del Zambézé, es decir aquellas que más á menudo se rozan con los blancos, son las únicas que usan telas de algodón. Los que llevan delantales de cuero emplean para ellos las pieles de pequeños mamíferos, provistas en toda la extensión de su borde de agujeros redondos ó cuadrados y colocadas de manera que la parte correspondiente á la cabeza venga á

parar encima del cinturón. También en sus capas-kaross se diferencian las tribus que habitan en el reino marutse de las que viven al Sud del Zambézé, pues les gusta la forma circular, de suerte que sus capas se parecen algo á las capillas españolas que sólo llegan hasta las nalgas. Las mujeres casadas llevan una pequeña túnica que les baja hasta la rodilla, fabricada generalmente de piel de buey con el pelo en la parte interior y untada en su parte exterior con una corteza aromática. Las mujeres criaderas llevan á menudo una capa de piel de *letschwe*, igual á la de los hombres, con la cual se tapan el pecho cuando se les acerca algún extranjero ó cuando reciben una visita.

La necesidad de adornarse se satisface en mucha parte con los amuletos que, según hemos visto, llevan encima. Los que vienen del Sud encuentran por primera vez generalizado allí el uso de brazaletes de hierro, de latón y raras veces de cobre, que en confusa mezcla adornan sus brazos y piernas. Como estos brazaletes están fabricados con alambre de latón y de cobre, que en su mayor parte es importado, el mucho uso que de ellos se hace demuestra la propagación de los géneros europeos en aquel país. En donde más abundan estos brazaletes es en la misma Schescheke, entre los barutse y los makalakas: hacia el Norte y el Nordeste disminuye notablemente su uso, prevaleciendo los anillos de hierro de fabricación indígena. Con marfil se hacen anillos de un dedo de espesor, pequeños canutos, palitos y plaquitas que se colocan agujereadas en los cabellos. Usanse también agujas para la cabeza hechas con dientes de hipopótamo, y largos peines de madera.

Los trabajos de tejido de estera honran á los habitantes del reino marutse-mabunda: los más sencillos son los sacos para cereales, de forma cónica, que se hacen con hierba ó con corteza de baobab, y otros más grandes que se fabrican con cañas y con tallos de unos arbustos ó con nervios de la palmera abanico y que sirven para transportar pescado seco y frutas de gran tamaño. La forma más sencilla de los cestos consiste en un tubo cilíndrico cerrado por abajo y con una asa de madera ó de cuero junto á la boca, fabricado con una corteza cosida con fibras y que sirve principalmente para recoger la fruta. Trabajos de tejido de estera en el verdadero sentido de la palabra son las cestas de Makuluani, es decir cestas fabricadas con pedazos de hoja de palma abanico, cortados en forma de lanceta. Su estructura es elegante y distinta en cada uno de los numerosos ejemplares que se producen; su tapadera perfectamente ajustada y su tejido compacto y fuerte las hace muy á propósito para el objeto á que están destinadas que es el de cofres cerrados ó baúles. Las dos clases de cestas tejidas makenkes que fabrican los marutse, constituyen uno de los mejores trabajos: para ellas se emplean las pequeñas raíces — muy difíciles de trabajar — de una breña parecida al erable llamada mosura: de las dos clases, una no tiene tapadera y la otra está provista de una cubierta gruesa y encajada por medio de una ranura. «No ví un solo ejemplar — dice Holub — que no estuviera adornado con fibras tejidas negras ó de color oscuro.» Entre los utensilios de cocina figuran en primer lugar los cacharros de arcilla, cuyas formas, como en casi toda el Africa, son muy sencillas pero en extremo simétricas: algunos tienen forma de vasos, otros ostentan adornos de varios tonos y otros son tan bruñidos que parece como que se les hubiera dado una capa de barniz. En la parte de estos cacharros que toca al suelo no se encuentran nunca adornos y las asas son siempre de dimensiones exageradas. Los cacharros de arcilla destinados á guardar granos afectan la forma de urnas y tienen proporciones colosales. Así como los utensilios de arcilla los fabrican exclusivamente las mujeres, los de madera son con-

feccionados por los hombres, en especial por los mabundas. Todas las vasijas de madera están quemadas por fuera y por dentro con instrumentos de hierro y estas quemaduras que les dan un color negro muy subido, son hechas con tal regularidad y circunspección que aquéllas parecen fabricadas con madera de ébano. También se fabrican á menudo cacharros con las cáscaras secas de distintas clases de calabazas, sirviendo éstas especialmente para guardar el agua así en la cabaña como en los viajes, gracias á su poco peso. Estos cacharros afectan formas aun más variadas que las otras vasijas, debido esto primero á la variedad que de ellas ofrece la naturaleza y segundo á las manipulaciones á que están sometidas (véanse los grabados de la pág. 244): también ostentan algunas veces adornos hechos al fuego.

El armamento de estos pueblos se compone, en lo esencial, de las mismas piezas que el de los sud-africanos, la lanza (azagaya), la destrel, la maza (*kirri*), el cuchillo, el arco y las flechas. También en este punto encontramos gran variedad, en presencia de la cual y dado el conocido espíritu conservador que los pueblos sencillos ofrecen en lo relativo al armamento, cabe pensar formalmente en la multiplicadora influencia de una abigarrada mezcla étnica. Así como las mazas de madera (algunas de ellas esculpidas) sirven para el ataque, úsase para la defensa un palo de madera de dos ó más metros de largo, cuyos extremos terminan en trozos de hierro de forma espiral. Los escudos debieron ser introducidos por los makololos, pues su forma es la misma que la de los escudos betschuanos y hoy en día su uso está muy poco extendido. El arma principal, á lo menos de las tribus del Sud del reino, es la azagaya, la lanza arrojadiza y contundente, muy superior á la de igual clase que poseen los betschuanos y los makalakas. De las varias clases de azagayas merecen ser particularmente citadas las de los caudillos, de 1¹/₂ á 2 metros de largo, que constituyen armas insignias de los grandes dignatarios. La azagaya de mano sirve de arma de la mano derecha en las luchas cuerpo á cuerpo y se distingue por una ranura longitudinal, afilada hasta su mitad, que presenta su superficie cortante, y por un mango corto y fuerte cuyo extremo inferior va provisto de una brida de hierro del grueso de un dedo. La azagaya de combate — cuya longitud varía entre 1³/₄ y 2¹/₄ metros — es ligera, va provista de un largo mango y sirve de arma arrojadiza. También se usan las azagayas de caza, en cuyo cuello van adheridos garfios sencillos ó dobles. La azagaya del hipopótamo es la que tiene el mango más largo y una de las más sencillas: la longitud de aquél es de 2 á 3 metros y, como excepción única, es de madera blanda. La azagaya del elefante, por último, es toda de hierro: su extremo inferior es más ancho ó más grueso, y su parte central está envuelta en un trozo de cuero. Los puñales de los marutse se distinguen por su elegante labor, siendo lo más notable en ellos las vainas que, como el puño, son de madera dura; ostentan varias esculturas y están tostados de manera que parecen de ébano. Los adornos grabados en la ancha superficie del delgado puñal son objeto de especial atención. Las destrelas de combate ofrecen extraordinaria variedad de formas correspondientes á las diversas tribus del reino, y son superiores á las de los pueblos del Sud del Zambézé así por su forma elegante y por su ligereza, como por la bondad de la labor del hierro y de la madera. Así como en las destrelas de los betschuanos, cafes, makalakas y matabeles las delgadas hojas de tomahawk se fijan fuertemente en el mango, dichas hojas no se clavan con más fuerza en los mangos de madera dura.

Tan admirable como esa diversidad de armas de guerra es para los que están acostumbrados á la uniformidad de los

sud-africanos, la variedad de instrumentos músicos que sirven unos para la guerra y otros para los tiempos de paz y con los cuales se forman verdaderas bandas. «En el reino marutse-mabunda — dice Holub — encontré la primera banda de música compuesta de indígenas que el rey tenía para su recreo. Componíase de muchos tocadores de tambor que golpean con manos ó simples dedos unos largos tambores en forma de tubos y de sombreros cónicos y unos dobles tambores parecidos á relojes de arena: éstos últimos pendían de una correa pasada por la nuca mientras que en aquéllos el artista «cabalgaba» en ellos. Los principales instrumentos de la banda son las marimbas (pianos de calabazas) llevadas como los dobles tambores. La orquesta constaba de 20 músicos, de los cuales sólo tocaban á la vez de 6 á 10, á fin de que quedara un número suficiente para el servicio de noche y como reserva. Los dos tocadores reales de cítara casi siempre tocan á solo. Los músicos han de ser también cantantes para poder, en los intervalos de descanso ó acompañados por los débiles sonidos de los instrumentos, cantar á gritos alabanzas al rey. Los que están de servicio han de salir á recibir al monarca á su llegada á la ciudad, han de acompañarle en sus expediciones y en las danzas y bodas públicas sólo deben tocar por orden expresa del mismo. Además de las tres clases de tambores y de las muchas *xylimbas* (instrumentos parecidos á las cítaras) encontré en la orquesta real algunos instrumentos de cuerda hechos con nervios de la palmera abanico, campanillas de hierro, una doble campana sin badajos, y también cascabeles hechos con cáscaras de frutos, y pitos de marfil, de madera y de caña. El rey mismo y sus amigos fabrican los instrumentos de cuerda de los nervios de las hojas de la palmera sagú, dentados transversalmente, que se tocan con un palito y que sirven para la danza de los elefantes. Entre la gente del pueblo úsanse simplemente los cascabeles de cáscaras de frutos, algunas campanas y unos pitos cortos. Más frecuente es entre ellos el uso de los instrumentos parecidos á las cítaras, que sin embargo son de forma menos perfeccionada, pues los mayores y mejor trabajados los posee el rey, á quien pertenecen todos los instrumentos de la orquesta. Las municipalidades, es decir, las colonias de la mayor parte de las tribus poseen pequeños tambores que se guardan en las chozas del consejo ó del municipio y sólo se tocan después de una caza afortunada, en las diversiones, entierros, etc. Entre las supersticiones de este pueblo ocupan un lugar importantísimo los tambores de guerra manchados con sangre de los muertos en la batalla, y que contienen en su parte hueca huesecitos y otras partes secas del cuerpo de los niños que han sido sacrificados para fines de hechicería.

La antes citada marimba ó myrimba (véase el grabado de la pág. 241), con mucho acierto denominada piano de calabazas, puede muy bien ser considerada como el más perfeccionado de los instrumentos del centro de Africa. El armatoste de la marimba lo constituye una delgada plancha de madera de 12 á 20 centímetros de ancho, de forma ó rectangular ó de herradura de un diámetro de medio ó de un metro, debajo de la cual hay seis ó más calabazas de distintos tamaños. Este instrumento que se toca con dos palillos cubiertos de cauchú produce sonidos fuertes y armónicos.

La cítara consiste en una caja de madera abierta por un lado, de un tercio de metro de largo aproximadamente, de la mitad de ancho y de un palmo de profundidad. En lo ancho hay clavadas, sobre bajos puentecillos, de 8 á 12 palos elásticos de hierro que se hacen vibrar apretándolos con el pulgar. Los pobres construyen la tabla armónica jun-

tando palos de bambú y suplen los palos de hierro con palos de madera.

De las numerosas danzas que corresponden, en su mayor parte, á la imperiosa necesidad que siente el negro de gritar y hacer ruido con el éxtasis consiguiente, pero algunas de las cuales están en ciertas épocas subordinadas á determinadas ideas — como la danza de la pubertad que bailan las muchachas llegadas á este estado, las danzas proféticas que ejecutan los masupias hiriéndose voluntariamente la lengua ú otras partes del cuerpo antes de que el rey emprenda una gran empresa, para profetizarle el resultado de la misma — de todas estas danzas, decimos, mencionaremos por sus caracteres especiales la danza *kischi* que no aparece más hacia el Sud y que desde aquí encontramos yendo hacia el Norte. Esta danza es ejecutada por dos ó por cuatro hombres representando uno el hombre y otro la mujer, y se acompaña con un gran tambor de caña. Los bailarines están rodeados de muchos jóvenes que cantan y baten palmas al compás de los golpes de tambor, y de entre ellos salen, primero de uno á uno, luego de dos en dos, nuevos danzantes que, vueltos de cara al rey, comienzan su baile con grandes contorsiones de todo el cuerpo. Una carrera, una aproximación á un lado y una retirada al otro, etc., constituyen la esencia y los gestos usuales de la danza. Los trajes que en ésta se usan son de propiedad del rey y consisten en una máscara, una malla y una especie de enaguas que tapan las nalgas. Las máscaras que modelan los niños con arcilla y excrementos de vaca, están pintadas con ocre encarnado y con cal: parecen yelmos con la visera baja, son mucho mayores que la cabeza y cubren además de ésta el cuello por completo: para los ojos y para la boca (raras veces para la nariz) tienen pequeñas aberturas. Pegada á este yelmo ó sujeta debajo de él de manera que el cuello quede cubierto, se pone el bailarín la malla y desde la cintura hasta los huesecitos de la máscara que representa á la mujer, va fijo formando pliegues, un capote de lana ó un kaross sobre el cual suelen ponerse una piel de animal por delante y otra por detrás. Hasta en un manojito de paja que lleva alrededor del cuello parece la máscara de mujer á la de hombre, pero esta última se distingue por los extravagantes adornos del yelmo. De un anillo de acero que rodea las nalgas penden algunas campanillas, que suenan al menor movimiento.

Los pueblos de este territorio sobresalen también en la construcción de chozas, bien que esto sólo puede decirse respecto de las tribus que tienen residencias fijas, no de aquellas que por causa de la cosecha, de la pesca ó de la caza, habitan corto tiempo en un lugar que ellas mismas se han escogido ó que el gobernador ó el rey les ha señalado. Las residencias periódicas de estas últimas las encontramos en las orillas de los grandes ríos y en las espesuras de las selvas en los claros que en éstas convidan al descanso; en cambio, las viviendas fijas hállanse extendidas por todo el territorio; el país de las ciudades por excelencia es el Barutse. «Fácilmente se comprende que la naturaleza en que estos pueblos viven es la que con tanta abundancia y tan poco esfuerzo les proporciona los materiales de construcción, haciendo fáciles las edificaciones. Esto no obstante, no podemos menos de reconocer en aquellas gentes cierto sentido y gran inteligencia en esta especialidad.» (Holub.) Por lo que toca á su emplazamiento, las ciudades se levantan tan cerca de los ríos como las inundaciones anuales lo permiten y están por regla general rodeadas de un círculo de aldeas cuyos habitantes son en su mayoría siervos que han de roturar campos, cultivar cereales y aun guardar rebaños, cerca de la ciudad, para sus amos que en ella viven.

Las ciudades ofrecen mayor limpieza que las del Sud del Zambézé: esto y la mayor limpieza personal se explica por la excesiva abundancia de agua.

Las casas del rey están rodeadas de una cerca elíptica y hacia la parte exterior por dos círculos de viviendas ó corrales compuestos cada uno de ellos de 6 á 8 de éstos, en los cuales viven las reinas. En otro círculo encuéntrase emplazados los almacenes de las provisiones reales, el departamento de las cocinas y la choza para la orquesta; y en un cuarto círculo hay la casa del consejo, montada á la europea, y las cabañas para las criadas y los criados. Los caudillos habitan en un último círculo que cierra el conjunto de todas las dependencias reales y si éstas, como sucede en Nueva Schescheke, están situadas junto á un río ó lago, las viviendas de aquéllos se extienden formando un segmento de círculo en el cual cada caudillo tiene exactamente medido el sitio en donde ha de emplazar su residencia.

La ocupación principal de estos pueblos es la agricultura, más productiva que en ningún otro en el territorio bajo pero fértil del Zambézé central que habitan los barutses. No exageró Livingstone cuando comparó esta comarca baja, que es todos los años inundada y se cubre, gracias á ello, de una nueva capa de rico limo, con el delta del Nilo, pues el Barutse es realmente un delta por más que esté situado en el interior del país. Durante las inundaciones, los marutses se retiran á las próximas alturas y cuando las aguas bajan, descienden de ellas, trazan surcos para facilitar el desagüe y siembran. Las mujeres son las que principalmente trabajan, pero en cambio tócales una parte de la cosecha. Los hombres se dedican á los trabajos difíciles, como por ejemplo el de clarear los bosques. El principal grano que se cultiva es el trigo café, pero además se cosechan mijo, melones, calabazas, manza, cacahuete, dos clases de habas, caña de azúcar (que sólo se masca para apagar la sed) y tabaco: con este último se hace una masa dura en forma de pan ó de bola que se agujerea y se lleva atada con cordones. Sólo en los territorios del Este se cultiva y elabora el algodón.

Holub dice que una familia compuesta de cinco individuos siembra para sus necesidades dos ó tres trozos de tierra de 2,500 á 3,000 metros cuadrados. De este autor tomamos la siguiente lista de los precios á que en Schescheke se pagaban los principales productos del campo.

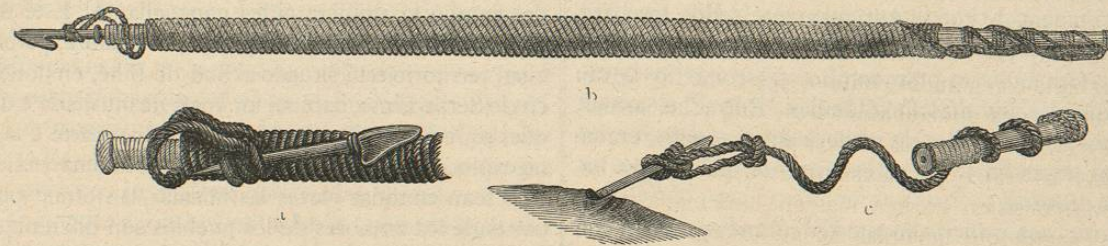
GENEROS	PRECIOS	
	En pequeñas perlas de cristal	En tejidos de algodón
	LIBRAS	METROS
<i>Mabele</i> , cada 20 libras. . . .	1/2	3
<i>Imbyi</i> , de 8 á 10 racimos. . .	1/2	2
<i>Litu y Dinau</i> , 20 racimos. . .	3/4	3
<i>Rosa</i> , 20 racimos.	3/4	3
<i>Masochwani</i> , 20 racimos. . .	1 3/4	3
<i>Manza</i> , 20 racimos.	1 1/2	3
Una sandía ó una calabaza comestible.	1/4	1
Toda clase de fruta silvestre. . .	1/2	2
<i>Butschuala</i> , 6 litros.	1 1/2	3
Cerveza de <i>Morula</i> , 6 litros. . .	1/2	3
<i>Imfi</i> , manojito de 12.	1/4	2

Según hemos visto en la rápida ojeada que hemos echado sobre la historia de los makololos, la abundancia de la mosca *zezé* hace imposible la ganadería en una parte considerable del país: las comarcas infestadas de este insecto constituyen una tercera parte del territorio y están empla-

zadas al Sud, pero por fortuna son las más pobladas de bosques.

Los habitantes de la orilla del Zambézé son hábiles pescadores: construyen diques y vallas de tierra transversales sobre los escurrimientos del agua que retrocede y por medio de cestas colocadas en los canales de desagüe cogen abundante cantidad de peces que, secados al humo, constituyen un condimento para sus manjares. En las aguas estancadas, se emplea una trampa de juncos ó ramas entrelazadas de forma análoga á nuestras ratoneras de alambre redondas, en las cuales se coloca el cebo que atrae á los peces. Usan, además, lanzas con las que ensartan los peces y anzuelos de hierro, cuyas puntas encorvadas hacia dentro no dejan escapar la presa. La caza de los antílopes acuáticos es una de las nobles pasiones de los caudillos marutses y para ella tenía el rey marutse Sepopo en el Zambézé una barca colosal en forma de armadía y provista de una cabaña que conducían 40 remeros. Los grandes co-

codrilos se cogen y matan por medio de grandes anzuelos. La construcción de estos aparatos de pesca es en extremo ingeniosa: se compone, según Holub, de un anzuelo de hierro, de muchos cordeles delgados hechos de cortezas, de una cuerda de la misma materia y de un manojito de cañas. El cebo que cubre el anzuelo está sujeto á una red y muchos cordeles de corteza de 4 á 4 y medio metros de largo, muy fuertes y del grueso de un canuto de pluma, ponen en comunicación el anzuelo con el cable de corteza de 3 á 4 y medio metros de largo fijado en el manojito de cañas. Cuando los cocodrilos de Schescheke han causado en poco tiempo varias víctimas, se preparan, por orden del rey, los anzuelos convenientes. Colócase el manojito de cañas en la orilla, y el anzuelo provisto del cebo, que es un pedazo de carne de perro pasada, se pone sobre tres cañitas de manera que se encuentre á 1 y medio metros de altura sobre la superficie del agua, como descansando en un pequeño pedestal. Cuando el reptil husmea el cebo, pónese á na-



Arpón para cazar hipopótamos (según Livingstone) a, arrollado. — b, dispuesto para ser lanzado. — c, clavado

dar á su alrededor y se mantiene tranquilo hasta la noche y entonces da un salto fuera del agua, coge el cebo con sus colosales mandíbulas y procura tragárselo; pero las puntas del anzuelo se lo impiden y no le dejan cerrar las mandíbulas, gracias á lo cual puede el agua penetrar en la mandíbula y en la tráquea. El animal se hunde en el agua, sus esfuerzos son cada vez más débiles, y acaba por irse río abajo. El manojito de cañas que flota sobre la superficie de la corriente indica minuciosamente todas las peripecias de aquella agonía. A la media hora ó á la hora el saurio ha dejado de luchar y la corriente lo deposita en un banco de arena ó en la orilla, en donde su presencia es señalada por el manojito de cañas. Los anzuelos para la pesca del cocodrilo, lo propio que las redes de pescar, son de propiedad del rey.

En punto á supersticiones relativas á los manjares, encontramos en estos pueblos, en armonía con su variada mezcolanza, todas las costumbres imaginables: unos desdénan la carne de hipopótamo, otros la del antílope *pallah*, otros la del antílope alce; y en cambio los hay que comen carne de animales carnívoros, que rechazan casi todos los negros sud-africanos. Sólo la gente acomodada pone sal en los manjares, pues este artículo es muy caro por lo mismo que se importa de los apartados territorios del Oeste y Sudoeste. Todos fabrican con el trigo café una cerveza floja (*butschuala*) y otra cerveza fuerte ó de bodega (*matimba*). La principal comida es la que se hace al ponerse el sol: á la hora y media ó á las dos horas de haber éste salido, se hace una comida ligera. La costumbre de fumar tabaco, dacha ó bange está muy extendida, y es general la de tomar rapé, que consiste en una mezcla de tabaco, ceniza, polvos de ramitas de ninfea y una secreción animal parecida á la algalia.

Los batokas, que habitan las dos orillas y las islas del Zambézé desde las cataratas hasta Kafúe, se diferencian en

muchos conceptos en las comarcas orientales, como los makalakas en las occidentales, de los marutses y de los más afines bundas y forman la transición natural á las tribus del Nyassa y del Tanganika. El color de su piel varía entre diversos grados de oscuridad, mas por regla general ofrecen un color más oscuro que sus vecinos emigrados del Sud y tienen los rasgos más de negro y son más obstinados y más indómitos que éstos. Los makololos, en su fuga hacia el Norte que más tarde se convirtió en expedición victoriosa y por último en ruina, los arrojaron á las cataratas del Zambézé: los batokas quedaron, pues, establecidos en la fértil meseta contigua al Kafúe, pero más adelante hubieron de correrse hacia el Oeste por haber sido arrojados de allí por los matabeles. De esto resultó que los batokas del Oeste quedaron sojuzgados, mientras que los del Este conservaron su independencia. Estas dos partes del pueblo batoka encontrólas Livingstone en 1855 separadas por un territorio despoblado, de unas seis jornadas de ancho, en donde abundaban las huellas de aldeas y rebaños destruidos. Antiguamente todo el país batoka contenía una población densa, pero ya antes de la invasión de los makololos había sido saqueado y diezmado por un conquistador llamado Singola procedente del Nordeste, de quien dice la leyenda que llevaba consigo una porción de fueles de herrero con los cuales enrojecía las puntas de las flechas antes de dispararlas. Después que los batokas hubieron sido en 1860, oprimidos por los matabeles, hubieron de sufrir, en 1870, la invasión de un nuevo enemigo, los schakundas, tribu rapaz de esclavos portugueses desertores. Selous encontró en 1877 el país de aquéllos completamente devastado por éstos. ¡Cada década un nuevo enemigo!

Ya hemos visto la posición geográfica que ocupan los batokas. Los que habitan en la orilla meridional del río y en el río Quagga han sido designados por los comerciantes y cazadores europeos que han penetrado en su territorio con el nombre de *mosbiekers* á causa de la semejanza que